



LA FUERZA DE LA SANGRE.

VERDADERA RELACION, EN LA QUE SE DA cuenta y declara un maravilloso suceso que le acaeció à una señora, llamada Doña Rosa Cisneros: refiérese, como habiéndola robado un mancebo del lado de sus padres, la gozó violentamente. Con todo lo demás que verá el curioso Lector en esta

PRIMERA PARTE.



Al sacro autor soberano,
 que crió la tierra y cielo,
 humildemente le pido,
 dé luz à mi entendimiento,
 desate mi torpe lengua,
 y à mi pluma le dé acierto,
 para que en écos acordes
 formalice mis acentos.

Atencion, noble auditorio,
 porque referir pretendo
 el caso mas prodigioso,
 y el mas notable suceso,
 que han oido los nacidos,
 ni en los anales del tiempo
 otro igual se halla notado,
 desde Adan que fue el primero

de toda su descendencia,
que tan dilatada vemos.
En la mas noble ciudad
de cuantas tiene en su reyno
España, blason del orbe,
cuyo dilatado imperio
continuamente el sol dora
con sus brillantes reflejos,
que es la ciudad de Leon,
cabeza de todo el reyno
de su nombre, y de gran lustre,
pues en los antiguos tiempos
fue corte de los monarcas
del español emisferio.
En esta ciudad vivia
un hidalgo caballero,
llamado Don Juan Gonzalez,
muy atendido en el pueblo
por cortés, por muy afable,
por liberal y discreto.
Su esposa Doña Leonor
de Aguilar y marmolejo,
era un mapa de hermosura,
de perfeccion un compendio.
De su feliz matrimonio,
al cabo de años que al cielo
por sucesion suspiraban,
un hijo varon tuvieron,
logrando lo que querian,
que fue el tener heredero.
Diéronle el nombre del padre,
aunque contrario en extremo
salió à todas sus costumbres,
por su bullicioso genio.
Criáronlo con cariños,
y con buenos documentos;
mas él por inclinacion
ha salido tan travieso;
que à los quince años de edad
era caballo sin freno.

Los padres le reprehendian,
y él soberbio y desatento
no hace caso de castigos,
perdiéndoles el respeto.
Así vivia triunfando
y gastando sin recelo:
tenia muchos amigos,
que donde sobra el dinero,
nunca faltarán chupones;
y como dice el proverbio
esto que nada nos cuesta,
hacerlo fiesta pretendo.
Llegando pues à tener
el referido mancebo
diez y ocho primaveras,
tomar estado ha resuelto,
aunque sus desenvolturas
no daban lugar à ello.
Se enamoró finalmente
de un ángel en lo discreto,
de una diosa en la hermosura,
y una deidad en lo bello.
Sin que descubriera à nadie
este su amoroso intento,
andaba muy vigilante,
y en repetidos paseos
por sus balcones y puerta
publicaba el galanteo,
siguiéndola adonde iba.
Supo pues como à un festejo
en la noche de San Juan
iba Don Diego Cisneros
con su amada esposa, y llevan
aquel hermoso lucero
de Doña Rosa su hija,
que es la dama que celebros:
él con sigilo y cuidado
convocó dos compañeros,
porque le hicieran espaldas,
y à los tales descubriendo,

la pasión que en él reynaba,
les metió en un grande aprieto.
Al revolver de una esquina,
les salieron al encuentro
todos tres muy embozados;
y llegándose violento
el amante, con la niña
cargó como un rayo, à tiempo
que el padre volvió la cara,
y visto el atrevimiento
del tal mancebo, metió
la mano à su fuerte acero.
y los otros con destreza
delante se le pusieron
con espadas y broqueles,
y los tres fuertes guerreros
batallaron grande rato,
y al ruido y al estruendo,
acudiendo mucha gente,
los dos se escapan huyendo.
La señora de un desmayo
caida estaba en el suelo:
pues al verse sin la hija,
fueron muchos los extremos.
En una casa inmediata
à entrambos los recogieron,
procurando consolarles,
bien que era en valde, pues ellos
hasta recobrar su hija,
ningun sosiego tuvieron.
Los condujeron à casa,
y sin entregarse al sueño,
lamentaban su desgracia,
clamando al piadoso cielo.
Volvamos à referir
la ejecución del mancebo,
que así que se retiró
del tropel un largo trecho,
reparó que iba sin habla,
mas no desistió por eso:

sacó un pañuelo, y le cubre
los dos hermosos luceros.
En suma llegó à su casa,
que estaba todo en silencio,
durmiendo muy descuidados:
abrió la puerta en secreto,
que para este fin llevaba
una ganzúa de acero.
La introdujo hasta su cuarto,
y echándola sobre el lecho,
dió riendas à su apetito,
que desbocado, ofendiendo
la pureza à aquella rosa,
quedó sin el lustre terso.
Dejóla en aquel estado
sin sentidos, y al momento
fue en busca de sus amigos;
mas ella en el intermedio
volviendo de su letargo,
se hacia varios conceptos,
sin saber qué le pasaba;
mas no obstante conociendo,
que su honestidad habria
padecido detrimento,
lloraba su triste suerte,
y tomando con acierto
una bugía que vido,
reconoció el aposento,
el adorno de la sala,
y notando al mismo tiempo,
que en un escritorio estaba
coronando su aderezo
una imágen de la Virgen
de oro fino de gran precio,
arrancóla de su sitio,
envolvióla en un pañuelo,
y guardóla, porque hubiese
un testigo, que del hecho
la verdad acreditase,
si se ofrecia algun tiempo.

Volvió à esconder la bugía,
entróse en el aposento,
ahogando los suspiros,
y reprimiendo el resuello.
En esto los tres llegaron,
abren la puerta en secreto,
la llaman y la exâminan,
como ignorantes del hecho,
por la casa de sus padres,
y dónde vive en el pueblo,
cómo se llama la calle,
y ella con sagaz acuerdo
dice que no sabe el nombre
de la calle, pues por cierto
ha poco que en ella habita.
Entónces dijo el mancebo,
que ya arrepentido estaba
del desatino que ha hecho:
no temas, hermosa niña;
si quieres que te llevemos
à tu casa, dinos dónde
vives, hermoso lucero,
que mis amigos y yo
juntos te acompañaremos.
Ella respondió: la calle,
ya he dicho que yo no puedo
decir su nombre, pues solo
lo que yo de ustedes quiero,
que me acompañen y lleven
à la calle del Pozuelo,
que de allí ya sé à mi casa.
Y todos le respondieron:
pues vamos, porque ya el dia
con sus hermosos reflejos
viene bordando tapices,
y desterrando à Morfeo.
Le volvieron à vendar
la hermosura de su cielo,

y de la mano la sacan,
caminando à paso lento
hasta salir de la casa,
y en la calle del Pozuelo
la pusieron con presteza;
y su rostro descubriendo,
se fueron y la dejaron.
Ella con algun recelo
hácia su casa camina,
llamó à la puerta bien quedo,
abrió su padre al instante
y con el mismo silencio
la entró en casa, y luego cierra
la puerta, y al mismo tiempo
llegó su madre confusa,
abrazóla, y desde luego
se hicieron mares sus ojos,
al primer llanto volviendo.
Se entró su madre con ella,
y le pregunta en secreto:
dónde has pasado la noche?
quiéna los atrevidos fueron,
que à mis ojos te robaron?
se ha atrevido alguno de ellos
à injuriarte, Rosa mia?
Y la hija por estenso
de todo cuenta le ha dado.
encargándole el silencio,
que no lo sepa su padre,
asegurada que el cielo
volveria por su causa,
pues fue sin consentimiento
forzada su voluntad.
Y aqui, auditorio, pretendo
dar fin à la primer parte,
y en la segunda prometo
dar relacion al curioso
del fin de aqueste suceso.



SEGUNDA PARTE.

En la cual se da fin al lastimoso suceso de esta Señora: refiérese el raro caso por el cual se descubrió el ofensor de su honra; y como se casaron con mucho contento y alegría de ambas partes. Con todo lo demás que verá el curioso Lector.

DOÑA ROSA CISNEROS.



En la primer parte dije, noble auditorio discreto, como llegó Doña Rosa à su casa, y por estenso dió relacion à su madre del referido suceso. Lamentaron tal desgracia, mas por entonces no dieron al padre cuenta de nada.

Pues volvamos al mancebo, que era tanto su desorden, que escandalizaba el pueblo. Sus padres mil pesadumbres tenían cada momento, hasta que resueltamente han dado parte al Consejo, para que prendan al hijo, y le den algun destierro,

porque no los infamára
con su proceder perverso:
pues quitándole de amigos,
lloraria su escarmiento.
A los quince ò veinte dias
con órden del real Consejo
de Leon lo desterraron.
Vamos à que del tropiezo
se sentia embarazada
Doña Rosa, y en efecto
vino la hora y dió à luz
una niña como un cielo.
Fue todo con gran recato,
y diligencias haciendo,
encontraron con un ama,
que la crió con contento.
Llevábala muchas tardes
à la casa de Don Diego,
y para mas ocultarlo
de la noticia del pueblo,
daba à entender que la niña
es de la cuna; y con esto
à cualquiera que pregunta,
satisfaccion le dan luego.
Tenia la hermosa niña
ya cinco años, y à tiempo
que estaba en medio la calle,
oficiosa con sus juegos,
Don Juan Gonzalez venia
con su caballo, y por presto
que parar quiso, no pudo,
la atropelló, sin poderlo
remediar; y prontamente
desmonta, y con mucho afecto
la toma en brazos, y triste
se fue à su casa corriendo.
A su esposa le da parte
del lastimoso suceso,
y la niña casi muerta,
apenas tenia aliento.

Procuraron con bebidas
propinadas al intento
recobrarla, y la observaron
vuelta en breve al ser primero;
pues no se hizo daño alguno,
ni contusion en el cuerpo.
La madre muy descuidada,
ignorando este suceso,
estaba dentro su casa;
mas entró en algun recelo,
viendo no entraba la niña.
Salió à la puerta, y haciendo
pesquisa por donde andaba,
se llegó à ella un buen viejo,
y le dijo, que un caballo
la cogio, y el caballero
que en él montado venia,
se bajó luego al momento,
y tomándola en los brazos,
se fue à su casa corriendo.
Desatinada la madre
con aviso tan funesto,
entrada de las señas,
fue en casa del caballero,
y preguntó por la niña.
Salió con muchos cortejos
Doña Leonor, y le dijo:
Señora mia, yo siento
el gran pesar que usted trae,
mas no lo tengo yo ménos,
y mi esposo juntamente:
y no sé qué diga à esto;
porque es tan grande la pena
que mi esposo y yo tenemos,
que es increíble, señora.
Entre usted hácia acá dentro,
que en una cama en la sala
à la niña la tenemos,
y no le faltará nada
hasta el restablecimiento.

Entró alegre Doña Rosa
à ver à su hija, y luego
que la niña vió à su madre,
no cabia de contento:
y ella con tiernos abrazos
la acariciaba en su seno.
Despues que Doña Leonor
le hubo hecho el cumplimiento,
ofreciendo aquella casa
muy rendida à su respeto,
Doña Rosa la responde:
mucho, señora, agradezco
à ustedes la gran fineza
que con esta niña han hecho,
pues aunque ella es huerfanita,
sin tener padres ni dandos,
la queremos como hija;
y sírvase usted, que luego
quiero pasarla à mi casa.
Y le respondió al momento
Doña Leonor: mi señora,
mas favor es el que espero
de usted; la niña está bien:
si usted quiere que logremos
mi esposo y yo recibir
favor que no merecemos,
haga usted luego posada
en mi casa, y gozaremos
la gran dicha y la fortuna
de su favor. En efecto
ella con gran regocijo
dió satisfaccion à esto.
No obstante tal alegría,
el corazon por momentos
le está diciendo al oido:
esta es la sala, este el lecho,
este el balcon y escritorio;
aquí fue donde el grosero
que te robó, dejó mustia
tu belleza en un momento.

Cuando entre estas congeturas
vacilaba su concepto.
llamó el mancebo à la puerta,
pues cumplido su destierro,
obtuvo la libertad
que el perderla fue escarmiento
para conocer su porte,
mejor conducta escogiendo,
obrando ya con cordura,
à su casa concurriendo.
Alegres salen los padres,
pues aunque gustosos fueron
de su destierro, el amor
nunca les faltó en su pecho.
Lo reciben con cariño,
los vecinos vienen luego,
y todos se congratulan,
enorabuenas rindiendo,
por haber vuelto à su patria.
Entróse en la sala à tiempo
que Doña Rosa à la niña
alagos le hacia tiernos,
y al instante que la vido,
dióle el corazon un vuelco,
anunciando cierta dicha:
informóse del suceso,
y dándole estensa cuenta,
hizo entre sí sus recuerdos,
y preguntó à Doña Rosa:
cuya es la niña? A que luego
Doña Rosa satisfizo:
es huerfanita, que el pecho
dándole un dia su madre,
de un accidente funesto
cayó en el suelo mortal;
mi madre llegó à este tiempo,
y recogiendo la niña,
la libró de aqueste riesgo,
pues que con ansias mortales,
sin recibir sacramentos,



falleció del accidente
su madre, y à breve tiempo
falleció tambien su padre.
Mi madre con mucho celo
buscó un ama, y la crió,
y cual si fuera su espejo,
se mira en ella y divierte;
esto, señor, es lo cierto.
Respondió el mancebo entónces:
à vuestro razonamiento
he estado atento, señora,
y me repugna el creerlo.
Respondióle Doña Rosa:
eso es decirme qué miento.
No digo tal, le replica;
pero señora, yo tengo
diversa idea formada.
Y ella dice, lo mas cierto
es, señor, que esta es tu hija,
y si tu cristiano pecho
la verdad te persuade,
yo soy su madre en efecto,
y pues gozais noble sangre,
obrad como caballero.
El respondió: mi señora,
si esa es deuda que yo debo;
y gustais de ser mi esposa,
el ser yo vuestro prometo.
Pero humilde ántes os pido
perdon de mi desacierto,
y si descortés he obrado,
lo remediaré ahora cuerdo:
en parte vuestra hermosura
fue la causa de mi esceso,
que he de procurar dotarlo,
venerándoos con extremo.
Su padre y madre admirados

quedaron de este suceso,
por ignorar los principios
del caso, y por los extremos
se fue enlazando la historia;
y para evidencia de ello,
dijo entónces Doña Rosa,
si habian hechado menos
por aquel tiempo una joya
de considerable precio,
que ella para fiel testigo
la guardó con gran secreto.
Para que duda no hubiese
en lo que habia propuesto,
hizo tragesen la Imágen
de oro, que con acuerdo
se llevó del escritorio.
Informaron à Don Diego
de todo lo acaecido,
interponiendo sus ruegos,
para que de aquel agravio
perdonase. Y muy contento
convino en el desposorio,
y sin dar mas curso al tiempo,
dan parte al Señor Obispo,
y su Ilustrísima viendo
el caso tan prodigioso,
los desposa; y con contento
viven en union conforme,
con grande paz y sosiego,
colmado de bendiciones
un tan dichoso himeneo
el cielo, pues à sus fines
lo va todo disponiendo,
sin que pueda humana ciencia
frustrar sus altos decretos.
Y al auditorio suplico
disimule los defectos.

F I N.

*Valencia: por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolsería, núm. 18,
donde se hallarán otros diferentes, año 1822.*